

Prólogo de Azaña

En nombre del Gobierno de España gracias por la acogida que en Montauban le dais a esta exposición sobre Manuel Azaña, intelectual y estadista. Gracias al ayuntamiento de Montauban y gracias a la Asociación "Presence Manuel Azaña" y a sus impulsores como Jean Pierre Amalric.

En este convulso 2023 se cumplen 143 años del nacimiento de Manuel Azaña y 83 de su muerte. Poco importa en realidad cuánto tiempo haya pasado: conocer su figura fue imprescindible ayer, lo es ahora y lo será mañana. Testigo, protagonista y víctima de los grandes acontecimientos de su tiempo, dejó la valiosa huella de su nombre unida a un legado político y cultural cuya riqueza no deja de acrecentarse.

Hombre de paz y de progreso, Manuel Azaña transformó e iluminó a España. Lo hizo incluso cuando tuvo que presenciar cómo el mundo que había ayudado a construir se derrumbaba, envuelto en las sombras de la guerra y del exilio. Y lo sigue haciendo hoy, a través de la herencia de sus escritos y el testimonio de sus actos, que de forma tan relevante reúne la presente exposición.

Porque Manuel Azaña amó a este país, lo pensó, lo soñó, y luchó por él con todas sus fuerzas. Trazó sus líneas maestras en cada uno de sus escritos, dibujando el mejor de los paisajes posibles; el único camino a seguir. Una España unida, diversa, progresista, libre: el sueño de la España que es y que queremos, y por la que continuamos trabajando.

Resulta inevitable preguntarse cómo miraría Azaña los retos excepcionales a los que nos enfrentamos en este momento. Hoy, que también los cimientos de nuestro mundo se ven sacudidos, su mirada privilegiada nos interpela. Lo hacen sus palabras de encuentro, sus mensajes de resistencia en medio de la adversidad, su fe entusiasmada en nuestras capacidades y posibilidades.

De ahí la pertinencia de esta exposición aquí en Montauban, en la ciudad que le vio morir en el exilio y la acoge con los brazos abiertos. Vivimos, como entonces, tiempos de construcción sobre la conmoción. Distintos sin duda al tiempo histórico de Azaña, en todas sus circunstancias. Pero la intensidad de los

cambios que afrontamos nos acerca aún más a su devoción por la democracia, a su afán renovador y modernizador, a su pelea por la igualdad entre hombres y mujeres, a su avanzado concepto de Europa como única garantía posible de bienestar y de paz. En definitiva, al gran legado de una vida que sirvió para abrir el camino de generaciones.

Nos acerca, paso a paso, a un referente. Y estamos necesitados de referentes. En estos días en que los que se rehacen prioridades y se trazan nuevos rumbos, necesitamos que nuestro pasado arroje luz sobre nuestro futuro. Necesitamos entender aún mejor la vigencia de valores que resisten en medio del temporal de la Historia, y contribuir así a su defensa. Necesitamos recuperar esa mezcla de audacia y de pasión que anima las grandes transformaciones, y permite llevarlas a buen puerto. Y necesitamos, sin duda alguna, sostener una vez más el discurso azañista de paz y de concordia, de tolerancia y de unidad, para dar respuesta a ese otro discurso de odio y de enfrentamiento que vuelve a asomar, impidiendo su retorno. Paz, piedad y perdón.

Creo sinceramente que el mejor elogio que podemos hacer de esta exposición es que resulta absolutamente fiel a la esencia de Azaña. Y es así porque no se limita a mostrar, a exhibir, sino que enseña, en el sentido didáctico de la palabra. Aquí confluyen lo personal y lo colectivo; recorreremos la trayectoria de un hombre, y al mismo tiempo asistimos al desarrollo histórico de un país. Vemos la manera en que ese hombre fue construyendo un proyecto de vida, y al mismo tiempo presenciamos el proceso de construcción de España al que precisamente dedicó esa vida.

Resulta entonces profundamente instructivo comprobar cómo los hitos de una biografía sirven para mostrar elementos esenciales de nuestra propia historia. Algo especialmente pertinente en el caso de quien creía, como repitió en numerosas ocasiones, que la educación lo era todo.

Mucho se ha escrito y mucho se ha estudiado sobre Azaña, desde todos los puntos de vista. Más allá de los juicios y los posicionamientos ideológicos, nunca es fácil abordar una figura poliédrica como la suya. Incluyendo, por supuesto, las luces y las sombras que inevitablemente rodean la obra de todo personaje histórico.

Hablamos de un intelectual que, al hilo de los acontecimientos que protagonizó, se vio transformado en un hombre de acción. Pero la acción política nunca puede dissociarse de la personalidad de quien la desarrolla. Se asienta sobre principios e inquietudes que se mantienen constantes en todos los terrenos de la vida. De ahí el acierto de los organizadores en mostrarnos al mismo tiempo a la persona y al personaje. Muchas gracias a los comisarios Angeles Egido y Jesus Cañete por el tino la sabiduría y el conocimiento que han hecho posible esta exposición y su itinerancia por muy diversos lugares de España y también de Francia. Muchas gracias al Instituto Cervantes de Toulouse ya a Acción Cultural Española que nos ha acompañado en esta ventura de dar a conocer la figura y el pensamiento de Manuel Azaña, una de las personalidades más preeminentes de la España del siglo XX.

Los múltiples perfiles de Azaña quedan perfectamente recogidos en los materiales aquí reunidos. También las aristas. Quien se aproxime a él siguiendo el recorrido propuesto podrá elaborar su propio balance de cuentas: los aciertos y los errores, las virtudes y los defectos. Pero lo que nadie cuestionará son las cualidades de un estadista que brilló sobre todo por su capacidad para leer los escenarios políticos y dibujar grandes líneas de actuación transformadora.

Llaman también la atención, sin duda, sus extraordinarias dotes como orador. Sus discursos en campo abierto suponen un hito difícilmente superable en la historia política española, demostrando qué ocurre cuando a un contenido extraordinario se le dota de una arquitectura verbal exacta y arrebatadora. Basta recordar y ver las imágenes del famoso discurso de Comillas del 20 de octubre de 1935 para reforzar la impresión que todavía hoy produce la oratoria de Azaña.

Queda, por último, el testimonio de su final. Emocionante y a la vez dolorosa es su carta de dimisión como Presidente de la República desde el exilio, recogida para esta ocasión.

Hoy, aquí en Montauban, en nombre del gobierno de España, quiero dejar constancia de una actitud que siempre recuerdo con profunda admiración. Manuel Azaña se dirigía al pueblo español, ya desde la conciencia y el tremendo dolor de la guerra perdida, para ofrecer aliento. Les dijo: “Aunad vuestros esfuerzos. Contad conmigo”.

No puede haber palabras más grandes y más sinceras de un presidente para una ciudadanía herida. Así lo hacemos, como él nos pidió: juntando esfuerzos y contando con él. Y así seguiremos haciéndolo, para avivar nuestro presente y labrar la mejor versión de nuestro futuro.